

Howard Gardner

Arte, mente y cerebro

*Una aproximación cognitiva
a la creatividad*

Paidós

Capítulo 31

LAS VIDAS DE ALEXANDER

LURIA

Considérense dos carreras científicas. En la primera, un adolescente talentoso muestra tener aptitudes para efectuar investigaciones psicológicas, crea su propio grupo de estudios psicoanalíticos y edita una revista especializada. Para cuando tiene poco más de veinte años, ya ha adquirido un gran dominio de la literatura psicológica en varios idiomas y mantiene correspondencia con las mayores personalidades de la época, incluyendo a Freud. Durante las cuatro décadas siguientes realiza brillantes investigaciones sobre los procesos de pensamiento y las emociones de niños, criminales, campesinos rusos, mellizos idénticos y pacientes con lesiones cerebrales y retardo mental. En los últimos años de su vida, es incuestionablemente el psicólogo más destacado de la Unión Soviética.

La segunda carrera comienza con un investigador joven y dinámico que busca hacerse un lugar. Cada vez que escoge un campo de estudio, se ve obligado, por razones políticas, a abandonarlo y dirigirse a otro del que conoce muy poco. Es despedido sumariamente de diversos cargos y la prensa lo hace objeto de críticas y burlas. Se lo escucha alabar a ciertos eruditos a quienes considera farsantes, así como denunciar a otros a quienes se sabe que admira. Llega a repudiar incluso algunos de sus propios escritos y a considerar que todas sus buenas ideas proceden de otros. Hacia el final de su vida, piensa que su aporte es absolutamente trivial y poco digno de admiración.

Estas dos descripciones son aplicables a Alexander Romanovich Luna, quien tras una asombrosa carrera, murió en 1977 a los setenta y cinco años de edad. La mayoría de los especialistas occidentales sólo conocíamos al primer Luria, el sagaz investigador que contribuyó a dar una nueva orientación a varios campos de la psicología. Pero con la publicación, en 1979, de su ensayo autobiográfico *The Making of Mind: A Personal Account of Soviet Psychology*, tuvimos una dolorosa visión del segundo Luria.

La lectura textual de la autobiografía de Luria no revela ni ¡a primera carrera —la del científico altamente original y productivo—, ni la segunda: la del héroe trágico. Sólo a partir de una *deconstrucción* radical del texto, de la lectura entre líneas del mismo y de la cuidadosa atención a las notas suministradas por Michael Cole, amigo y editor de Luria, se hace posible rastrear los principales recorridos de la vida de Luria, reconocer sus auténticos aportes y sus defectos, y llegar a una valoración del hombre y de sus logros. Volviendo a examinar la carrera de Luria, podemos también comprender las angustiosas opciones que enfrentan los científicos que trabajan bajo condiciones totalitarias y adquirir una nueva perspectiva del sutil efecto que ejercen dichas condiciones sobre sus psiquis individuales. Y podemos apreciar más plenamente el coraje de algunos pocos, como el físico recientemente exiliado, Andrei Sakharov, que rehusan someterse o callar.

Las primeras líneas del libro de Luria son proféticas: "Comencé mi carrera durante los primeros años de la gran Revolución Rusa. Este hecho singular y trascendente influyó de modo decisivo en mi vida y en la de todas las personas que conocía".

Como para contradecir este comienzo, la autobiografía de Luria hace que uno de los períodos más apasionantes -y terribles— de la historia intelectual y política parezca extraído de las páginas del diario íntimo de un estudiante mediocre. Pese al seductor título, *A Personal Account of Soviet Psychology*, contiene pocas referencias personales y está escrito con un estilo que refleja escasa pasión o compromiso. El libro, que empezó como un guión que Luria estaba escribiendo sobre su vida para un documental que filmarían dos norteamericanos, no ha sido publicado en la Unión Soviética, si bien se supone que pronto aparecerá allí una versión del mismo.

Aunque Luria vivió la época de las purgas de Stalin —y casi fue víctima de ellas—, el nombre de Stalin no figura en su libro. Aunque en ocasiones fue vilmente denunciado por colegas y aun por amigos, no hay casi ningún indicio de este trato lamentable. Aunque a su tiempo fue objeto de innumerables honores en la Unión Soviética y en el exterior, Luria declara que sus aptitudes y sus aportes no fueron excepcionales. Aunque la gente que lo conoció dice que tenía argumentos políticos profundos, también en este campo se automenosprecia: "En rigor de verdad, nunca llegué a dominar el marxismo en la medida en que hubiera querido. Todavía considero que es ésta una enorme falencia en mi educación".

Luria era hijo de un médico judío de clase media, que llegó a ser profesor universitario, pero cuya carrera se había visto frenada por obra de la situación imperante en la época del zarismo. De joven, Luria recibió con alborozo la oportunidad de participar en una revolución y contribuir a dar cauce a las energías que ésta liberaba. En efecto, algo del entusiasmo de esos días trascendentes se puede percibir en los primeros capítulos de su libro, en los que Luria relata haber traba-

jado en forma incansable, con sus colegas, para forjar una nueva psicología soviética que, apoyándose en la sabiduría de Marx, probara ser útil para la humanidad.

La correspondencia inicial de Luria con Freud, así como su encuentro con el destacado fisiólogo ruso Vladimir Bejtrev, muestran que el joven estudioso, de poco más de veinte años, estaba logrando un éxito tras otro. Además de escribir libros, editar revistas especializadas y estimular movimientos sociales, a la "avanzada" edad de veintiún años fue invitado a ocupar un importante cargo en el Instituto de Psicología de Moscú. Si es ésta una trayectoria "poco excepcional", ya querríamos todos ser igualmente insignificantes.

Todo esto sucedió con anterioridad a un acontecimiento que Luria juzga decisivo en su formación intelectual: su encuentro, en 1924, con el formidable intelectual soviético Lev Vygotsky. En todo sentido, Vygotsky era un genio: un maestro en muchas materias, un manantial de concepciones novedosas, un visionario capaz de disertar horas seguidas sin consultar ninguna nota. Cuando murió, de tuberculosis, a los treinta y ocho años, Vygotsky dejó más de ochenta manuscritos inéditos. Acerca de esta personalidad, Luria comentó una vez: "Todo lo que hay de bueno en la psicología soviética hoy en día procede de Vygotsky".

Con Alexei Leontiev y algunos otros colegas, Luria y Vygotsky comenzaron a implantar un programa que de hecho revolucionó la psicología soviética. Pero los años dorados de la autotitulada "troika" no continuaron. Hacia principios de la década de 1930, tanto los trabajos de Luria como los de Vygotsky eran severamente criticados en las revistas de psicología rusas. En 1936, el Comité Central del Partido Comunista decidió abandonar por entero la investigación psicológica. Vygotsky había muerto dos años antes, y Luria, al encontrarse sin ocupación, se vio obligado, a los treinta y cuatro años, a buscar una nueva carrera.

Asistió a la Facultad de Medicina y completó sus estudios de neuropsicología justo antes de la Segunda Guerra Mundial. Habiéndosele confiado la atención de heridos de guerra, Luria se especializó en los síntomas propios de diversas lesiones cerebrales y promovió nuevas formas de rehabilitación de los soldados heridos. Pero una vez más, tras una nueva conmoción en la psicología rusa que se produjo después de la guerra, fue despedido de su puesto en el Instituto Neuroquirúrgico, y a los cincuenta años de edad tuvo que iniciar aun otra carrera, esta vez como estudiante del retardo mental.

A raíz del deshielo que tuvo lugar en Rusia tras la muerte de Stalin, en 1953, Luria pudo retomar la investigación en mejores condiciones, como estudioso de la psicología infantil y como experto en afasia y otros trastornos mentales. Pero para entonces se había vuelto extremadamente cauto. Se convirtió en el hombre acallado de su autobiografía, el hombre de incuestionable capacidad científica que aparentemente se veía a sí mismo como un mero instrumento de ciertas fuerzas superiores. Como declara en las últimas palabras del libro: "Los individuos

vienen y se van, pero las fuentes creativas de los grandes acontecimientos históricos, y las ideas y proezas importantes, permanecen. Esta es quizá la única excusa que tuve para escribir este libro".

Obligado a cambiar de carrera varias veces, trasladado de una institución a otra como un niño huérfano, Luria bien podría haber carecido de coherencia y unidad en su vida. Sin embargo, ciertos temas y procedimientos básicos persistieron a lo largo de toda su obra.

Siendo apenas un adolescente con escasa formación, Luria ya había comprendido que cualquier psicología, para ser completa, debía referirse tanto a lo que los seres humanos pueden conocer (sus capacidades cognitivas) como a las fuerzas que los llevan a actuar de determinada manera (su motivación). Cuando leyó a Freud por primera vez, lo entusiasmó encontrar la confirmación del rol vital que cumple el inconsciente en cuanto a motivar comportamientos. Pero en su afán de dar a la psicología una base científica sólida, y guardando lealtad al criterio de Pavlov, con su insistencia en los reflejos elementales, Luria procuró unir las introyecciones de Freud a métodos más empíricos.

Luria inventó una técnica para medir el estado emotivo de una persona y el tono emocional subyacente. Engañosamente simple, el método consistía en hacer que el individuo realizara asociaciones libres con respecto a una lista de palabras presentadas por el experimentador. Algunas de las palabras empleadas eran deliberadamente neutras en su tono; otras tendían a suscitar una reacción emocional o un conflicto en el individuo (por ejemplo, la palabra *robar* presentada a un presunto ladrón, o la palabra *calificación* escuchada por alguien a punto de rendir un examen). La técnica verbal se combinaba con una prueba motriz en la que el individuo debía apretar una pelota de goma mientras asociaba libremente la palabra propuesta. En circunstancias normales, una persona dirá la primera palabra que le viene a la mente y al mismo tiempo podrá oprimir la pelota en forma rápida y pareja. Pero si experimenta una tensión al considerar el significado de la palabra, razonaba Luria, es probable que produzca una respuesta verbal extraña o que manifieste cierta incertidumbre o irregularidad en su modo de apretar la pelota de goma, o quizá que exhiba ambos síntomas.

Luria constató que los individuos que tenían conflictos oprimían la pelota con un ritmo irregular; a través de este método simple pudo efectuar distinciones entre sospechosos de asesinato y verdaderos asesinos, entre individuos elegidos al azar y estudiantes en vísperas de un examen. Aunque más tarde descartó este método, diciendo que no era más que "un detector de mentiras primitivo", en realidad su invento tuvo enorme importancia. Nunca antes se había documentado en forma tan convincente, mediante un estudio psicológico, la intrincada interacción entre los conocimientos de una persona (el dominio de los significa-

dos lingüísticos) y sus ansiedades inconscientes (que rodean los temas a los que es susceptible).

La técnica de oprimir la pelota de goma también resultó ser un método útil para estudiar las vidas mentales de niños pequeños, adultos con daño cerebral y otras poblaciones. Luria diseñó tareas en las que se pedía a los sujetos que oprimieran la pelota cuando, por ejemplo, se encendiera una luz verde o cuando el experimentador dijera determinada frase; o se les indicaba que no la oprimieran cuando, pongamos por caso, se encendiera una luz roja, se apagara la verde, o el experimentador pronunciara otra frase dada. (Nótese la confianza de Luria en una respuesta condicionada simple, como es la presión en la pelota, y en la vinculación entre el lenguaje y las acciones: dos puntales de la psicología soviética).

Al principio era imposible evitar que los niños pequeños dejaran de apretar la pelota. En tanto la tenía en la mano, el chico de dos años insistía en oprimirla. Más adelante, la acción de apretar la pelota de goma pasó a quedar, parcialmente, bajo el control del lenguaje. Si el experimentador decía algo, el niño la oprimía; pero la presión se producía incluso cuando se instruía al chico: "No aprietes la pelota"; es decir que, en lugar de controlar la conducta a través del significado, el lenguaje sólo cumplía una función "impulsora".

En los niños de tres o cuatro años, los significados reales de las palabras ejercían cierto efecto, pero sólo cuando reflejaban, de algún modo, la tarea que el chico debía llevar a cabo. Así, cuando se le ordenaba: "Aprieta, aprieta", las dos palabras acentuadas por separado ejercían el efecto buscado: el chico apretaba dos veces la pelota. Pero cuando el mismo significado se transmitía por medio de una frase menos rítmica, como "Por favor, oprime la pelota dos veces", no se podía contar con que el niño ejecutara la tarea correctamente. Sólo a los cinco o seis años, los chicos cumplían las instrucciones en forma acertada. Porque sólo entonces estaban en condiciones de prestar exclusiva atención al significado, pasando por alto la cadencia y tomando en cuenta la mediación verbal a efectos de "oprimir la pelota cuando se enciende la luz verde pero no en presencia de la roja".

Al detallar esta secuencia, Luria estaba concretando un programa que originalmente había creado junto con Vygotsky. Los dos psicólogos buscaban describir nada menos que la evolución de la conducta humana compleja, que tiene como origen reacciones simples a ciertos estímulos y que en forma lenta pero inexorable pasa a quedar bajo el control del sistema de símbolos del lenguaje. En la instancia final, el lenguaje, que al principio era un mero auxiliar de la acción, pasa a controlar a ésta. Para los psicólogos soviéticos, estimulados por el punto de vista de Marx sobre la cultura, la regulación de la acción a través del uso del lenguaje era distintivamente humana y posibilitaba la consecución de niveles más elevados de intención, voluntad y conciencia de sí mismo.

Pero así como dichas conductas *se* desarrollaban, también podían destruirse.

En una importante serie de estudios realizados con pacientes con daño cerebral, Luria registró los diversos modos en que un individuo, antes apto en cuanto al control verbal de su conducta voluntaria, podía quedar incapacitado. Algunas veces, como en el caso de los dementes, la incapacidad se podía deber a problemas perceptuales; a veces, como en los enfermos del mal de Parkinson, a deficiencias motrices, y otras veces, como en los afásicos, a la imposibilidad de comprender el lenguaje.

Pero los casos más esclarecedores eran los de aquellos pacientes que no sufrían ninguna de estas deficiencias y sin embargo eran incapaces de ejecutar la secuencia de acciones requeridas. Estas personas tenían una percepción correcta (podían ver los estímulos), comprendían las indicaciones recibidas (eran capaces de parafrasear una instrucción dada) y tenían facultades motrices normales (estaban en condiciones de ejecutar los movimientos necesarios). Lo que no podían hacer era emplear el lenguaje para dirigir su propia conducta. Podían responder a indicaciones aisladas, pero no podían tomar ninguna iniciativa en sus propias vidas. Junto con su colega Eugenia Homskaya, Luria demostró que estas personas sufren lesiones en los lóbulos frontales, los que son esenciales para controlar la conducta voluntaria.

Combinando los datos procedentes de niños y los de adultos con daño cerebral, Luria pudo formular una convincente explicación de los principales elementos de la cognición humana. Concebía al cerebro (y a la mente) como una serie de estructuras que se reorganizan varias veces en el curso del desarrollo, de tal modo que las funciones mentales van siendo asumidas por centros cada vez más elevados. Los niños pequeños -y muchos adultos con daño cerebral- estaban a merced de los sistemas perceptuales más primitivos (uno actúa cuando ve una luz) y de usos del lenguaje también primitivos (uno actúa cuando escucha algunas palabras, cualesquiera sean). El individuo más altamente desarrollado podía controlar su conducta por vía de prestar atención al significado y de planear luego secuencias de conducta en el orden correcto, revisar esos planes, reflexionar sobre ellos y verilear los resultados.

Luria tomó la iniciativa, que posiblemente constituya uno de sus aportes de más largo alcance, de dividir las conductas en sus partes componentes y luego tratar de utilizar las partes todavía "en funcionamiento" del aparato mental para suministrar "sustitutos funcionales" de las partes de la corteza que habían quedado destruidas. En el caso de los pacientes retardados, por ejemplo, Luria recurría a ciertos sistemas simples de conducta que hubieran quedado relativamente intactos, para que desempeñaran tareas que, en los individuos normales, se podían ejecutar con mayor facilidad por parte de otros sistemas de funcionamiento. En forma similar, si los individuos con lesiones en los lóbulos frontales no eran capaces de regular su conducta por sí solos, Luria les suministraba una serie de

estímulos externos —objetos cuidadosamente ordenados, tarjetas impresas, consignas rítmicas— que, al brindarles una especie de regulación externa, servía para sustituir, efectivamente, la regulación interna fallante. Con la ayuda de estos ingeniosos aportes, los métodos soviéticos de rehabilitación muchas veces lograron resultados marcadamente positivos.

Su interés por los "niveles de la mente" y las variedades de la actividad mental llevó a Luria a realizar otros estudios muy famosos. Pasó muchos años trabajando con un hombre llamado S. V. Sherashevsky, quien poseía una memoria increíble. Luria describió a Sherashevsky, que era esencialmente incapaz de olvidar nada, en un atractivo informe titulado *The Mind of the Mnemonist*. También emprendió Luria intensos estudios de mellizos idénticos y fraternos, en procura de desentrañar los discutidos efectos de la naturaleza y la crianza. No conforme con los estudios convencionales del caso de los mellizos, Luria examinó el curioso fenómeno del lenguaje de los gemelos: los modos extraordinarios en que los mellizos algunas veces desarrollan sus propios medios de comunicarse entre sí. Además, introdujo la importante distinción entre formas "naturales" de conocimiento en mellizos idénticos (como la facultad de la memoria pura) y conocimientos "culturales" (por ejemplo, la aptitud para emplear auxiliares mnemotécnicos).

Pero para nuestra sensibilidad contemporánea, los escritos más fascinantes de Luria son los que documentan la expedición que realizó, en 1931, para trabajar con campesinos iletrados de las remotas regiones de Uzbekistán. El interés de Luria era doble: documentar las operaciones de la "mente primitiva" según se manifiestan en individuos que llevan una vida simple y no tienen ninguna educación, y al mismo tiempo comparar el desempeño de éstos con el de individuos educados, a efectos de determinar tanto el grado como el modo en que la cognición primitiva es suplantada por formas de razonamiento más sofisticadas.

El método de Luria para extraer testimonios reveladores de sus informantes nos recuerda las ingeniosas técnicas de indagación utilizadas por Piaget con los niños. Una y otra vez, Luria demostró que los uzbekos organizaban, experimentaban y contestaban preguntas de maneras fundamentalmente distintas a las propias del individuo occidental u oriental educado. Al pedírsele que repitiera, simplemente, el silogismo: "Los metales preciosos no se herrumban. El oro es un metal precioso. ¿Se herrumbra o no el oro?", un campesino respondió: "Los metales preciosos se herrumban. ¿Se herrumban o no los metales preciosos?" Otro silogismo era: "En el lejano norte, donde nieva, todos los osos son blancos. Nueva Zembla está en el lejano norte y allí siempre nieva. ¿De qué color son allí los osos?" Ante este problema, un campesino contestó: "Hay distintas clases de osos... Yo nunca vi un oso negro; tampoco vi de otra clase... Su pregunta sólo la puede responder alguien que haya estado allí". Al presentar una tarea de clasifi-

cación en la que se indicaba a los campesinos que seleccionaran de entre cuatro retratos —de tres adultos y un niño— el que no correspondía, el experimentador comentaba: "Evidentemente, el niño no pertenece a este grupo". Pero un campesino replicó: "Ah, pero el chico debe quedarse con los otros. Los tres están trabajando, ve usted, y si tienen que pasarse corriendo de un lado a otro para ir a buscar cosas, nunca van a terminar el trabajo; pero el chico puede encargarse de traer esas cosas". Ante la indicación de que escogiera de una serie de tres objetos —un serrucho, un leño y una espiga de trigo— el que combinara con un hacha y una hoz, otro sujeto contestó: "Si quiere que sean iguales, tendría que elegir la espiga de trigo. La hoz es para segar el trigo, así que esta espiga será arrancada con esta hoz".

Lo que otorgó a los informes de Luria el vigor que los caracteriza no fueron las citas aisladas —es probable que se pudieran obtener similares curiosidades si se entrevistara a un número suficiente de individuos en cualquier parte— sino la cantidad y la persistencia de las mismas. Las respuestas de los campesinos revelaron una insensibilidad generalizada a las formas abstractas de clasificación, y una resistencia a razonar a través del lenguaje. Sólo los individuos que habían asistido a la escuela mostraron cierta sensibilidad a las clases de cuestiones planteadas por los silogismos. Sólo ellos podían manejar lo hipotético, las contradicciones lingüísticas, o las categorías "abarcaduras", como "moblaje" o "vestimenta".

Luria se entusiasmó mucho con los descubrimientos efectuados durante su expedición. En una ocasión extraordinaria, tras haber aplicado pruebas a los campesinos para verificar la presencia de ilusiones ópticas (que los psicólogos alemanes consideraban universales), Luria envió a Vygotsky un telegrama que decía: "¡Los campesinos no tienen ilusiones!".

Sus investigaciones deberían haberle procurado, en la Unión Soviética, el mismo tipo de aclamación que se estaba brindando a Piaget en el mundo occidental. ¿Pero qué sucedió? Luria fue objeto de severas denuncias a su regreso a Moscú. Un crítico habló de su "teoría seudocientífica, reaccionaria, antimarxista y contraria a la clase obrera, (la cual) en la práctica, conduce a la conclusión anti-soviética de que la estrategia política de la Unión Soviética está siendo llevada adelante por gentes y clases que piensan en forma primitiva, puesto que son incapaces de abordar pensamientos abstractos".

Tan desalentado se sintió Luria ante esta acogida, que no publicó los resultados de su expedición; al igual que con otras investigaciones que había efectuado en su juventud, se limitó a guardarlos en el archivo que tenía en su casa. Sólo ante la insistencia de Michael Cole, en la década de 1960, y únicamente después que una versión publicada a modo de "globo de ensayo" fuera recibida favorablemente, se atrevió Luria a producir una escueta monografía y registrar sus hallazgos, casi cuarenta años después de la expedición.

Naturaleza y crianza, lenguaje y pensamiento, cognición y emoción, desarrollo y deterioro, funciones elevadas y primitivas, teoría y práctica: estos son algunos de los temas que recorrieron las diversas vidas de Luria, dándoles coherencia. Otros psicólogos han tratado muchos de estos temas, y otros también han investigado algunas de las mismas poblaciones, pero pocos lo hicieron con tanta elegancia y tanta fuerza teórica como Alexander Luria. Pero ahora, con la perspectiva de los actuales conocimientos psicológicos, ¿qué podemos decir acerca de sus aportes de más largo alcance?

El legado de Luria sólo puede ser evaluado, en mi opinión, a la luz de la historia de la psicología soviética y su relación con la psicología occidental. Cuando Luria comenzó a estudiar psicología, las actividades que se realizaban en Rusia dentro de este campo eran principalmente de dos clases. Por un lado estaba la tradición materialista de Pavlov y Bejterev. Según este criterio, la mente era fundamentalmente física, el pensamiento estaba formado por reflejos, y no había nada de especial en la conciencia, la voluntad o la intención (si es que tales entidades mentalistas en efecto existían). Otro punto de vista igualmente venerable, claramente encuadrado en la tradición europea (aunque también vinculado a ciertas corrientes del pensamiento ruso del siglo XIX), ponía el acento en la conciencia y en otros rasgos especiales de la naturaleza humana, y cuestionaba seriamente la posibilidad de que existiera una ciencia objetiva de la psicología.

Luria, Vygotsky y sus colaboradores más íntimos se propusieron la tarea de fusionar estas dos tradiciones. Querían probar que los máximos logros y aspiraciones humanas tenían una base material objetiva. El estudio que realizaron de las formas de mentalidad primitivas tuvo particular repercusión, porque sugería un medio de avanzar de los reflejos al pensamiento, de las percepciones y acciones elementales al lenguaje abstracto, de la mera reacción a la planificación pensada.

Incorporando una necesaria premisa filosófica de Marx y Engels, los psicólogos soviéticos postularon que el único factor que hacía especial al hombre —permitiéndole trascender su herencia animal— era el contexto cultural circundante. Librados a sí mismos, los seres humanos no serían más que monos inteligentes. Pero al respaldarse en sus invenciones culturales pasadas, hombres y mujeres podían expandir su intelecto, sus conocimientos y su conciencia de modo de alcanzar niveles aun más elevados.

Así como los psicólogos cognitivos y del desarrollo se han vuelto más predominantes en occidente, la alianza Luria-Vygotsky, si bien todavía es objeto de controversias, ha ejercido una creciente influencia en la Unión Soviética. En tanto la peculiar conformación de la psicología cognitiva soviética vaya logrando mayores adhesiones a nivel internacional -el interés por los programas motores-lingüísticos, el estudio de los trastornos neuropsicológicos, la búsqueda de distin-

tos niveles de actividad mental, la creencia en sistemas funcionales que se pueden reorganizar a la luz de diversas clases de tensión—, el lugar de Luria en la psicología del siglo XX estará asegurado.

En lo que se refiere a los aspectos específicos de sus aportes, en cambio, es posible que los resultados sean algo más confusos. De acuerdo con las pautas angloamericanas, los informes de Luria sobre sus experimentos parecen poco rigurosos y sus constataciones no siempre han probado ser replicables. Los lineamientos generales de su punto de vista se confirman con frecuencia; no así los detalles. A mi modo de ver, esto se debe no tanto a los hechos relativos a sus investigaciones como al estilo de escritura psicológica que adoptó. Para Luria, como para muchos intelectuales seguidores de la tradición europea, era imprescindible contar con un amplio marco teórico para integrar adecuadamente los resultados de los estudios realizados, generar ideas para nuevos experimentos y refutar todo enfoque rival. Así, se ha informado que Luria solía irritar a los estudiantes que lo visitaban preguntándoles reiteradamente: "¿Y qué pasa con el interesante resultado que obtuvo? ¿En qué teoría se encuadra? ¿Qué punto de vista corrobora?"

Este posiblemente sea el punto más débil de las dos esferas de la investigación de Luria que conozco mejor: la relación entre el lenguaje y la conducta en los niños y los tipos de afasia en los adultos. Los estudios y las observaciones que efectuó se encuadran perfectamente en el marco de referencia que estableció como guía. Pero, lamentablemente, la naturaleza no siempre es tan nítida. Luria pasó por alto ciertas clases de trastornos lingüísticos en los adultos y ciertas pautas de respuesta por parte de los niños que contradecían sus expectativas teóricas. Quizá las presiones para que apareciera como un fiel seguidor de la doctrina de Pavlov hayan llevado a Luria a ver los fenómenos con mayor claridad de la que en realidad poseían. Dada una comunidad libre de estudiosos, se puede contar con que algún investigador rival habrá de indagar las posibles distorsiones; y en efecto, otros especialistas en afasia y desarrollo infantil ya han señalado los excesos en que incurrió Luria. Pero si tal "visión voluntarista" es el precio que hay que pagar por captar una mente extraordinaria, por cierto que valió la pena pagarlo en el caso de Alexander Luria.

Según la opinión de un colega ruso que lo conoció muy bien durante veinte años, Luria reaccionó ante los acontecimientos políticos de su país convirtiéndose en un empedernido "evitador". Por supuesto, esta actitud de evitar problemas, de guardar cautela en cuanto a lo que decía a la prensa o aun en privado, no era nada extraña en la Rusia soviética. Somos nosotros, en Occidente —por lo general libres de escribir cualquier cosa que creamos— quienes nos encontramos en una situación privilegiada y, hay que admitirlo, bastante atípica. ¿Quién de nosotros, de verse enfrentado a un peligro semejante, habría actuado de una manera diferente, o quizá aun igualmente honorable, que Luria?

Puedo comprender por qué Luria, en su autobiografía, no menciona a Stalin, ni las brutales críticas que recibieron sus trabajos, ni esos encuentros decisivos de burócratas en los que su suerte fue más de una vez decidida. Aun de no haber existido la censura, le habría resultado muy doloroso escribir acerca de esos hechos.

Me resulta menos fácil de entender, en cambio, el motivo por el que muchas de las buenas ideas de Luria son atribuidas, en su libro, a estudiosos rusos, y tan pocas a sus colegas de Occidente. Es evidente, para cualquier lector de Luria, que sus nociones sobre la afasia, por ejemplo, fueron fuertemente influidas por el lingüista norteamericano Román Jakobson. Y sin embargo, Jakobson recibe una sola mención en todo el libro, en tanto algunas figuras soviéticas de menor importancia son citadas hasta el hartazgo.

También me inquietan ciertas historias según las cuales Luria, en sus últimos años, no mencionaba su origen judío, y se comportaba de un modo muy poco ejemplar con colegas suyos que habían perdido el favor de las autoridades. Hay cuentos de cómo se negó a respaldar a estudiosos jóvenes que no estaban en su línea o a defender a amigos que sufrían ataques; cómo, en ocasiones, llegó incluso a unirse a las denuncias contra ellos, y cómo procuraba promover sus propios trabajos, en forma algo despótica, al tiempo que obstaculizaba los esfuerzos de quienes discrepaban con él. Estos son rumores, por cierto, y algunos de ellos resultan muy difíciles de confirmar o refutar. Lo que es más, se los debe contrapesar con otras historias acerca de la bondad de Luria, en particular hacia estudiosos extranjeros, pero también respecto de los integrantes de su equipo de investigación. No obstante, si se busca valorar al hombre, los rumores no pueden pasarse totalmente por alto.

Michael Cole narra una patética anécdota acerca de Luria en el peor momento de su carrera, en ocasión de haber sido despedido del Instituto de Neurocirugía y encontrarse prácticamente sin ningún respaldo. Una tarde, Luria regresó a su casa, entró en su cuarto de trabajo, apoyó la cabeza en su escritorio y rompió a llorar. Según su esposa, Lana Pimenova, esa fue la única vez en que su optimismo y la confianza en su capacidad para superar todos los obstáculos lo abandonaron.

A mi entender, mucho más fue acallado en Luria. Como resultado de sus experiencias, llegó a perder la perspectiva de lo que había hecho y de cuánto había hecho. Es posible que no haya estado fingiendo, al escribir su libro, sino que ya no pudiera comprender, honestamente, lo que había sucedido. Tan a menudo en su vida tuvo que cambiar de empleo, léxico, explicaciones, reconocimientos y culpas, que había perdido el sentido de dónde había estado y adonde se dirigía.

En realidad, hay sólo dos pasajes en el libro en los que Luria parece estar verdaderamente vivo. El primero es su descripción de los momentos iniciales de la psicología soviética, cuando junto con sus buenos amigos Vygotsky y Leontiev,

el joven y excepcionalmente dinámico Luna se lanzó a rehacer el mundo científico. El segundo se encuentra en el conmovedor capítulo final, en el que Luna manifiesta su simpatía —que obviamente había mantenido bien oculta— hacia lo que llama "la ciencia romántica", un empeño que evita reducir los hechos vivientes a esquemas matemáticos y que preserva "la riqueza de la realidad viva". Luna alude a sus propios intentos de practicar una ciencia romántica en su estudio del caso del memorista y en una estampa igualmente conmovedora de un soldado con daño cerebral, *The Man with the Shattered World*. La gran ironía es que Luria apreciaba este enfoque centrado en los individuos, cosa que demostraba a diario en sus investigaciones clínicas, y sin embargo lo evitó en forma sistemática al escribir su autobiografía.

Alexander Luna comenzó su carrera como científico interesado en fusionar y explicar las polaridades humanas de la emoción y el pensamiento. Si bien no lo logró por entero, avanzó más hacia la meta que casi cualquier otro estudioso. En su obra *Making of Mind* brinda una explicación racional de sus actividades pero pierde casi totalmente de vista las fuerzas que impulsaron dichas actividades y que gobernaron sus actos. Su historia es incompleta, pues como escribió Vygotsky en *Thought and Language*, "Para comprender lo que dice otra persona no basta con entender sus palabras: debemos comprender su pensamiento. Pero ni eso es suficiente: también debemos conocer su motivación" (pág. 151).

Espero que Luria hubiera visto con simpatía este intento de indagar más allá de sus palabras para encontrar los sentimientos que dieron vida a éstas, y a él mismo.

USO

DIDACTICUS